

ritu territorial independiente movió á las regiones españolas á buscar auxilio fuera de España, y ese mismo espíritu, indestructible, obligará á la nación unida á buscar un apoyo en el continente africano para mantener ante Europa nuestra personalidad y nuestra independencia.

SEGUNDA PARTE

DE MIGUEL DE UNAMUNO

A

ANGEL GANIVET

I

¡Como refresca el corazón, querido amigo, conversar á larga distancia, separados por la suerte que á los hombres desparrama, después de haberse saludado un momento en el pedregoso camino de la vida! Y el ser pública esta conversación — más que en diálogo, en monólogos entreverados — le da cierta consagración de gravedad, haciéndola, á la vez que más jugosa, más íntima también. Más íntima, sí; porque no cabe duda alguna de que estos artículos, en que nos dirigimos reflexiones que puedan sugerir algo á

todos los que, mirando más allá del falaz presente, nos hagan la merced de leernos, son para nosotros una correspondencia más entrañable y más cordial que la que por cartas privadas sostenemos. Obligados por el respeto debido al público que nos lea á mantenernos en cierta elevación de tono, prescindimos de nosotros mismos, siendo así como cada cual logra dar lo más granado y lo mejor de sí mismo, lo que á nuestro pueblo debemos y se lo tornamos acrecentado en cuanto nuestra diligencia alcanza.

Usted ha rodado por tierras extrañas, puestos siempre su corazón y su vista en España, y yo, viviendo en ella, me oriento constantemente al extranjero, y de sus obras nutro sobre todo mi espíritu. Son dos modos de servir á la patria diversos y concurrentes. Y en punto á patriotismo, ¡qué tristes nociones ha esparcido la ignorancia por España! Hase olvidado que

la verdadera patria del espíritu es la verdad; que sólo en ella descansa y trabaja con sosiego.

Y dejándome de escarceos, que huelen á la epístola moral á Fabio, me voy derecho á lo que usted dice de la raza española.

Siempre he creído que la historia, que da razón de los cuatro que gritan y nada dicen de los cuarenta mil que callan, ha hecho el papel de enorme lente de aumento en lo que se refiere al cruce de raza en el suelo español. Las crónicas nos hablan de la invasión de los iberos, de los celtas, de los fenicios, de los romanos, de los godos, de los árabes. etc., y esto nos hace creer que se ha formado aquí una mezcla de pueblos diversos, cuando estoy persuadido de que todos esos elementos advenedizos representan junto al fondo primitivo, prehistórico, una proporción mucho menor de lo que nos figuramos, débiles capas de aluvión

sobre densa roca viva. Un batallón de ginetes que entra metiendo mucho ruido en un pueblo pacífico, que en su mayor parte le ve entrar con indiferencia, da que decir á las gacetillas, y el más leve motín de un lugar abulta en los telegramas, donde no se da cuenta de los que van, como todos los años, á trillar sus parvas. Desde la orilla se ve durante una tempestad cómo se alzan tumultuosas y potentes las olas, y no se da cuenta de que todo aquel tumulto no pasa de la superficie, de que las aguas que se embravecen y braman son una débil película comparadas á las profundas capas que permanecen en reposo. Brama la tempestad sobre la solemne calma de los abismos submarinos. El día mismo del desastre de la escuadra de Cervera hallábame yo, acordonado desde hacía días para no recibir diarios, en una dehesa en cuyas eras trillaban en paz su centeno los labriegos, ignorantes de cuanto á la gue-

rra se refiere. Y estoy seguro de que eran en toda España muchísimos más los que trabajaban en silencio, preocupados tan sólo del pan de cada día, que los inquietos por los públicos sucesos.

Es la historia como un mapa, y no mejor que un mapa los lugares del espacio, determina aquélla los sucesos del tiempo. La leyenda, aunque al parecer menos exacta, es más verdadera, como es más verdadero un paisaje, por libre que sea, que un plano topográfico tomado á toda ciencia trigonométrica. Danos el mapa los contornos de los continentes é islas en cuanto el nivel ordinario del mar los define; pero si ese nivel fuese bajando, ¡qué grandes cambios en nuestra geografía! Así en la historia, si fuese posible hacer bajar el nivel del olvido, que encubre para siempre la vida fecunda y silenciosa de las muchedumbres que pasan por el mundo sin meter ruido, ¡cómo iría cambiando el mapa de los sucesos con

que han alimentado nuestra memoria!

Hay en los abismos del Océano inmensas vegetaciones de minúsculas madreporas, que labran en silencio la red enorme de sus viviendas. Sobre estas vegetaciones se asientan islas que surgen del mar. Así en la vida de los pueblos aparecen aislados en la historia grandes sucesos, que se asientan sobre la labor silenciosa de las oscuras madreporas sociales, sobre la vida de esos pobres labriegos que todos los días salen con el sol á la secular labranza. Lo que ocurre en la isla, afecta muy poco á su basamento madreporico.

Muy poco, creo, han afectado á la base de la vida popular española las diversas irrupciones que la historia nos cuenta ocurridas en su superficie. ¿Cuántos eran los fenicios que llegaron, con relación á los que aquí vivían? ¿Cuántos los romanos, los godos, los árabes, y hasta qué punto penetraron en lo íntimo de la raza? Yo creo que

pasaron poco de la superficie, muy poco, y que en cuanto pasaron algo, fueron absorbidos; como creo que dejará más rastro Pidal, que tiene cosa de una docena de hijos, que otros políticos de más nombre y menos fecundidad efectiva. Hay que fijarse en lo más íntimo. Parmentier hizo más obra y más duradera trayéndonos las patatas, que Napoleón revolviendo á Europa, y hasta más espiritual, porque, ¿qué no influirá la alimentación patatesca en el espíritu?

Todo esto sirve para indicar nada más mi idea de que el fondo de la población española ha permanecido mucho más puro de lo que se cree, engañándose por la falaz perspectiva histórica, creencia que parecen confirmar las investigaciones antropológicas.

Celtas, fenicios, romanos, godos, los mismos árabes, de que parece usted tan prendado, fueron poco más que oleadas, tempestuosas si se quiere,

pero oleadas al fin, que influyeron muy poco en la base sub-histórica, en el pueblo que calla, ora, trabaja y muere. Luego por ley, larga de explicar aquí, sucede que al mezclarse pueblos diversos en proporciones distintas, el más numeroso prepondera en lo fisiológico y radical más que lo que su proporción representa.

Creo asimismo que las diferencias étnicas interiores que en España se observan — gallegos, vascos, catalanes, castellanos, etc., — arrancan de diversidades prehistóricas.

Nosotros los vascos tenemos fama, como usted me lo recuerda, de conservarnos más puros. No sé si esto es verdad; sólo sé que para que esa idea se haya difundido ha servido el que hayamos tenido la felicidad de ser un pueblo sin historia durante siglos enteros. La historia no ha velado, con su falsa perspectiva, un hecho que creo se cumple en los demás pueblos penin-

sulares. Y por no haber tenido historia y sí vida pública sub-histórica, mi pueblo vasco ha combatido á las libertades individuales, atomísticas, luchando por las sociales. Mas como esto es muy largo de contar, mejor es dejarlo.

II

No podrá haber sana vida pública, amigo Ganivet, mientras no se ponga de acuerdo lo íntimo de nuestro pueblo con su exteriorización, mientras no se acomode la adaptación á la herencia. Esta, que es la idea capital de usted, es también la mía. Concordamos en ella disintiendo algo en su desarrollo, lo cual da carácter armónico á nuestra conversación, haciéndola en su unidad varia.

La historia, la condenada historia, que es en su mayor parte una imposición del ambiente, nos ha celado la

roca viva de la constitución patria; la historia, á la vez que nos ha revelado gran parte de nuestro espíritu en nuestros actos, nos ha impedido ver lo más íntimo de ese espíritu. Hemos atendido más á los *sucesos* históricos que pasan y se pierden, que á los *hechos* sub históricos, que permanecen y van estratificándose en profundas capas. Se ha hecho más caso del relato de tal cual hazañosa empresa de nuestro siglo de caballerías que á la constitución rural de los repartimientos de pastos en tal ó cual olvidado pueblecillo. Nos han llenado la cabeza de batallas, expediciones, conquistas, revoluciones y otros líos semejantes, sin dejarnos ver lo que bajo la superficie pasaba entretanto; nos han puesto en la orilla á contemplar tempestades para que templemos nuestro espíritu en los grandes espectáculos, y no nos han dejado ver la labor de las madréporas de que le hablaba en mi anterior capítulo. He-

mos oído en lontananza el eco de los cascos de los caballos de los árabes al invadir España, y no el silencioso paso de los bueyes que á la vez trillaban las parvas de los *conquistados*, de los que se dejaron conquistar.

Se ha perdido la inteligencia del lenguaje propio del pueblo, lenguaje silencioso y elocuente, y se ha querido que hable en los comicios, donde, como dice usted muy bien, no sabe responder. Pedirle al pueblo que resuelva por el voto la orientación política que le conviene, es pretender que sepa fisiología de la digestión todo el que digiere. Como no se sabe preguntarle no responde, y como no *habla* en votos, lenguaje que le es extraño, cuando quiere algo *habla* en armas, que es lo que hicieron mis paisanos en la última guerra civil. Ellos querían algo sin saber definirlo, y á falta de mejor medio de expresarlo se fueron al monte, dejando que formularsen su deseo algu-

nos señores, que maldito si lo sabían. Porque el carlismo de Mella y de *El Correo Español*, pongo por caso, es al carlismo real y efectivo mucho menos que un mapa al terreno real, siguiendo la metáfora que establecí ya una vez. El carlismo popular, que creo haber estudiado algo, es *inefable*, quiero decir, inexpresable en discursos y programas; no es materia oratoriable. Y el carlismo popular, con su fondo socialista y federal y hasta anárquico, es una de las íntimas expresiones del pueblo español. Algo más adelantáramos si nuestros estadistas, ó lo que sean, en vez de atender á las idas y venidas de don Carlos, y hacer caso de los periódicos del partido ó de las predicaciones de éste ó de aquel Mella que toma al carlismo de materia oratoriable y de *sport* político, se fijasen en las necesidades de los pueblos, en las íntimas, en las que no se expresan. Cuando se habla de mi Vizcaya, en se-

guida se acuerdan todos de los dichosos fueros, ignorándose que mucho más que los tales fueros le importa al aldeano vizcaíno el cierre de los montes que fueron del común un día.

Los dos factores radicales de la vida de un pueblo, los dos polos del eje sobre que gira son la economía y la religión. Lo económico y lo religioso es lo que en el fondo de todo fenómeno social se encuentra. El régimen económico de la propiedad, sobre todo de la rural y el sentimiento que acerca del fin último de la vida se abriga, son las dos piedras angulares de la constitución íntima de un pueblo. Toda nuestra historia no significa nada como no nos ayude á comprender mejor cómo vive y cómo muere hoy el labriego español; cómo ocupa la tierra que labra y cómo paga su arrendamiento, y con qué estado de ánimo recibe los últimos sacramentos; qué es y qué significa una *senara* ó una *excusa*, y qué es

y qué significa una misa de difuntos.

En el país español que mejor conozco, por ser el mío, en Vizcaya, el establecimiento de la industria siderúrgica por altos hornos y el desarrollo que ha traído consigo, representa más que el más hondo suceso histórico *explosivo*; es decir, de golpe y ruido, como creo que en esa Granada el establecimiento de la industria de la remolacha ha tenido más alcance é importancia que su conquista por los Reyes Católicos.

Y como esto exige algún mayor desarrollo, aunque sea sumario y por vía sugestiva, como todo lo contenido en estos capítulos, lo dejo para otro.

III

“Para que la organización social cambie han de cambiar antes las ideas”, dice usted, amigo Ganivet, y ya no conformo con usted en éste su *idealismo*. No creo en esa fuerza de las ideas, que antes me parecen resultantes que causas. Siempre he creído que el suponer que una idea sea causa de una transformación social, es como suponer que las indicaciones del barómetro modifican la presión atmosférica. Cuando oigo hablar de ideas buenas ó malas me parece oír hablar de sonidos verdes ó de olores cuadrados.

Por esto me repugna todo dogmatismo y me parece ridícula toda inquisición.

Lo que cambia las ideas, que no son más que la flor de los estados del espíritu, es la organización social, y ésta cambia por virtud propia, obedeciendo á leyes económicas que la rigen, por un dinamismo riguroso.

No fué Copérnico quien echó á rodar los mundos, según las leyes por él descubiertas, ni fueron Marx y sus precursores y sucesores los que produjeron el movimiento socialista. Esto lo sabe usted mejor que yo, sin que se le haya turbado la clara visión de tal verdad por cierto excesivo historicismo que en usted observo.

En diferentes obras, algunas magistrales como las de Marx y Loria, está descrita la evolución social en virtud del dinamismo económico, y si alguna falta les noto, es que, ó prescindan del factor religioso, ó quieran englobarlo también en el económico.

No el cambio de ideas, el de organización social, sino éste traerá á aquél. Las fábricas de altos hornos en mi país, y las de remolacha en el de usted, harán mucho más que lo que pudiese hacer un ejército de ideólogos como usted y yo.

La misma cuestión colonial, hoy tan candente que nos abrasa, es ante todo y sobre todo una cuestión de base y origen económicos. Hay que estudiarla no en nuestra historia colonial, que sólo cuenta lo pelicular, no en los épicos relatos de nuestros navegantes de la edad de oro, no en toda esa faramalla de nuestros destinos en el Nuevo Mundo, sino en las aduanas coloniales. No creo con usted que fuimos á evangelizar y cometer desafueros, sino á sacar oro; fuimos á sacar oro, que pasaba luego á Flandes, donde trabajaban para nosotros y á nuestra costa se enriquecían con su trabajo. Y como nuestro modo de explotar á las colo-

nias no encaja en la actual economía pública, las explotarán otros.

Es preciso hablar claro por verdadero patriotismo, ahora que piden la paz por motivos impuros y egoistas muchos que por motivos egoistas é impuros pidieron la guerra. Raro es quien execra de la guerra por la guerra misma, por cristianismo, y si no, vea usted cómo fueron de los más encendidos apóstoles del duelo internacional los que más predicán contra el individual y contra el falso honor mundano.

Hay que hablar claro. Al campesino que sin más capital que sus brazos emigra de España en busca de pan, lo mismo le da que sea española ó no la tierra á que arriba, lo mismo se gana su vida y acaso labra su fortuna en los cafetales del Brasil, que en las pampas argentinas ó cuidando ganado en las sabanas de Tejas, en los Estados Unidos, como alguno que conozco. Pero á la industria nacional que quiere vivir

sin gran esfuerzo del monopolio no le da lo mismo. Traía trigo de los Estados Unidos, de esos mismos Estados Unidos con que estamos en guerra, le molía aquí, en la península y llevaba la harina á Cuba, haciendo pagar cara á los cubanos la maquila de la molienda. Se encarecía la vida en Cuba en provecho de los industriales y negociantes de aquí. Y luego venía lo de hacer pasar harina por yeso y todo lo demás de la canción. Añada usted lo del azúcar y tendrá bien claro el principal factor de lo que por de pronto nos abrumba.

Y todo esto no lo han traído ideas especiales de los españoles acerca de la colonización, sino nuestra constitución económica, basada en última instancia en la constitución de nuestro suelo, *última ratio* de nuestro modo de ser. Es la misma idea de usted respecto á lo territorial.

Hay en España algo que permanece

inmutable bajo las varias vicisitudes de su Historia, algo que es la base de su subhistoria.

Este algo es que España está formado en su mayor parte por una vasta meseta, en que van los ríos encajonados y muy deprisa, y cuya superficie resquebrajan las heladas persistentes del invierno y los tremendos ardores del estío. Es un país en su mayor extensión, de suelo pobre, carcomido por los ríos que se le llevan la substancia, escoriado por sequías y por lluvias torrenciales. Y este país quiere seguir siendo lo que peor puede ser, país agrícola. La cuestión es ésta: ó España es, ante todo un país central ó periférico ó sigue la orientación castellana, desquiciada desde el descubrimiento de América, debido á Castilla, ó toma otra orientación. Castilla fué quien nos dió las colonias y obligó á orientarse á ellas á la industria nacional; perdidas las colonias, podrá nuestra

periferia orientarse á Europa, y si se rompen barreras proteccionistas, esas barreras que mantiene tanto el espíritu *triguero*, Barcelona, podrá volver á reinar en el Mediterráneo; Bilbao florecerá orientándose al Norte, y así irán creciendo otros núcleos nacionales ayudando al desarrollo total de España.

No me cabe duda de que una vez que se derrumbe nuestro imperio colonial surgirá con ímpetu el problema de la descentralización, que alienta en los movimientos regionalistas. Y el hacer cuatro indicaciones acerca de esto lo dejo para otro capítulo.

IV

“Mejor es que usted y yo tengamos ideas distintas, que no que yo acepte las de usted por pereza ó por ignorancia; mejor es que en España haya quince ó veinte núcleos intelectuales, si se quiere, antagónicos, que no que la nación sea un desierto y la capital atraiga á sí las fuerzas nacionales, acaso para anularlas.” Esto dice usted, amigo Ganivet, con excelente buen sentido, en el segundo de los artículos que me dedica. De esas ideas me hago solidario, y sobre ellas voy á insertar aquí cuatro reflexiones.

Nada dificulta más la verdadera unión de los pueblos que el pretender hacerla desde fuera, por vía impositiva, ó sea legislativa, y obedeciendo concepciones jacobinas, como suelen serlo las del unitarismo doctrinario. Esa unión destruye la armonía, que surge de la integración de lo diferenciado.

Quéjense los catalanes de estar sometidos á Castilla, y quéjense los castellanos de que se les somete al género catalán. La sujeción de una de estas regiones á la otra en lo político se ha equilibrado con la sujeción de ésta ó aquélla en lo económico. Y de tal suerte padecen las dos. El caso cabe extenderlo y ampliarlo.

En vez de dejar que cada cual cante á su manera y procurar que cantando juntos acaben por formar concertado coro armónico, hay empeño en sujetarlos á todos á la misma tonada, dando así un pobrísimo canto al unísono,

en que el coro no hace más que meter más ruido que cada cantante, sin enriquecer sus cantos.

No cabe integración sino sobre elementos diferenciados y todo lo que sea favorecer la diferenciación es preparar el camino á un concierto rico y fecundo. Sea cada cual como es, desarróllese á su modo, según su especial constitución, en su línea propia, y así nos entenderemos mejor todos.

Hace ya algún tiempo publiqué en un diario catalán un artículo acerca del uso de la lengua catalana, abogando por que escriba cada cual en la lengua en que piensa. En él asentaba que es mejor que los catalanes escriban en catalán y los castellanos los traduzcan, que no el que se traduzcan ellos mismos, mutilando su modo de ser. Al esforzarse el castellano por penetrar en los matices de una lengua que no es la suya y al trabajar por traducir un pensamiento que le es algo extraño,

ahondará en su propia lengua y en su pensamiento propio, descubriendo en ellos fondos y rincones que el confinamiento le tiene velados. Si el castellano se empeñase en penetrar en el espíritu catalán y el catalán en el espíritu castellano, sin mantenerse á cierta distancia, llenos de mutuos prejuicios por mutuo desconocimiento íntimo, no poco ganarían uno y otro. El conocimiento íntimo de lo ajeno es el mejor medio de llegar á conocer lo propio. Quien sólo sabe su lengua—decía Goethe,—ni aun su lengua sabe. Pueblo que quiera regenerarse encerrándose por completo en sí, es como un hombre que quiera sacarse de un pozo tirándose de las orejas.

Si entre sus virtudes tiene algún vicio profundo el pueblo castellano es este de su íntimo aislamiento, aunque viva entre otros pueblos. Corrió tierras y mares entre pueblos extraños, pero siempre metido en su caparazón.

Así como cree con terca ignorancia que le bastarían los recursos de su suelo para vivir la vida que hoy se le ha hecho habitual, encerrado en sí, cree también que tiene en su fondo tradicional con qué nutrir su espíritu, satisfaciendo á la vez á la necesidad imperiosa de progreso. Con herir tanto el desdén del catalán ó del vasco no sé si es menos hondo, aunque más callado, el desdén del castellano.

Si el carlismo se extiende por toda la Península es porque se extiende por toda ella el regionalismo. Y hay un síntoma de buen agüero, y es que nace y va cobrando fuerza el regionalismo castellano, el de los trigueros. Cuando la región centralizadora, la que durante siglos ha impulsado la obra unificadora, se hace regionalista, es porque el regionalismo se impone. Entra como una de tantas en el concurso.

Ahora sólo falta que ese regionalis-

mo se haga orgánico y no exclusivista; que se pida la vida difusa en beneficio del conjunto: que se aspire á la diferenciación puestos los ojos en la integración; que no nos estorbe- mos los unos á los otros para que cada cual dé mejor su fruto y puedan tomar de él los demás lo que les con- venga.

Y este problema del regionalismo, que surgirá con fuerza así que salga- mos de la actual crisis, surgirá com- binado con el problema económico- social. El revivir del carlismo no es más que un mero síntoma del revivir del regionalismo en cierto modo socia- lista, ó del socialismo regionalista. Y ¿por qué no decirlo?, es el fondo anar- quista del espíritu español que pide forma, expresión, desahogo.

Ese fondo, que tomaría forma po- tente si nuestra nación se integrara sobre base popular, culmina más que en nada en el cristianismo español de

que usted habla, en el que representan nuestros místicos.

Y con esto llego al final de estas re- flexiones.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO NEYES"
 1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

V

Es tal el nimbo que para la mayor parte de las personas rodea á la palabra anarquismo, de tal modo la acompañan con violencias dinamiteras y negaciones radicales, que es peligroso decirles que el cristianismo es, en su esencia, un ideal anarquista, en que la única fuerza unificadora sea el amor.

En ninguna parte acaso se comprendió mejor que en nuestra patria este sentido cristiano; pocos místicos entendieron tan bien como los místicos castellanos aquellas palabras de San

Pablo de que la ley hace el pecado.

Usted mismo, amigo Ganivet, ha trazado en las más hermosas páginas de su *Idearium* la silueta del anarquismo cristiano español, sobre todo donde trata usted de la justicia quijotesca, que es en el fondo la justicia pauliniana, la cristiana. En mis artículos *En torno al casticismo*, que no sé cuando recogeré en un tomo, había yo ya tratado este mismo punto.

Pero el impulso que á los sentimientos religiosos pudo haber dado en España la mística castellana quedóse poco menos que en mera iniciación; fue ahogado por factores históricos, por el fatal ambiente en que se movía la historia de nuestro pueblo. La reforma teresiana, después de haber sido embotada en su misma orden, fué oscurecida por los jesuitas. La Compañía de Aquaviva más bien que de mi paisano San Ignacio — espíritu nada jesuítico — es la que de hecho ha dado

tono desde entonces á la religiosidad consciente de España.

Y aquí encaja como anillo al dedo lo que usted dice muy gráficamente de las ideas picudas: que puede aplicarse á los sentimientos.

Cuanto usted nos dice que le sugirió su primer oficio de molinero tiene perfecta aplicación en este orden.

La tarea silenciosa y pausada de moler con muela redonda, sin picos de intolerancia y dogmatismo, en nada es más provechosa que en la vida religiosa.

Pero aquí se ha hecho de la fe religiosa algo muy picudo, agresivo, cortante, y de aquí ha salido ese jacobinismo pseudo-religioso que llaman integrismo, quintaesencia de intelectualismo libresco. Y para vestir á este descarnado esqueleto, rígido y seco y lleno de esquinas y salientes, no se ha encontrado mejor carne que un sistema de prácticas teatrales y ñoñas, con

sus decoraciones, sus luces, sus coros y su letra y música de opereta mala con derroche de superlativos dulzarrones y acaramelados. Y por debajo de este aparato *fisiológico* la constante cantinela de que el liberalismo es pecado, sin que logremos llegar á saber qué es eso del liberalismo.

La vida cristiana íntima, recogida, entrañable, hay que ir á buscarla á tales cuales almas aisladas, que alimentándose del tradicional legado, no se dejan ahogar por esa balumba de fórmulas, silogismos, rutinas y cultos de molinillo chino.

De cómo está oscurecido el sentimiento cristiano nos dan continuas pruebas las circunstancias por que pasa la nación. Aun no hace dos días he leído en un semanario *religioso* elogios á unos frailes que han tomado en Filipinas las armas, y á nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido todavía que si las órdenes religiosas del archipié-

lago hubiesen cumplido su misión se habrían sublevado los tagalos contra España, pero no contra ellas. Su oficio no debe ser mantener la soberanía de tal ó cual nación sobre éste ó el otro territorio; una orden religiosa no debe ser patriótica de esa manera, pues no está su patria en este mundo. Sé que á muchos parecerá lo que voy á decir una atrocidad, casi una herejía, pero creo y afirmo que esa fusión que se establece entre el patriotismo y la religión daña á uno y á otra. Lo que más acaso ha estorbado el desarrollo del espíritu cristiano en España es que en los siglos de la Reconquista se hizo de la cruz un pendón de batalla y hasta un arma de combate, haciendo de la milicia una especie de sacerdocio. Las órdenes militares y la leyenda de Santiago en Clavijo son en el fondo impiedades y nada más. El patriotismo tal y como hoy se entiende en los patriotismos nacionales es un sentimien-

to pagano. Decimos con los labios que todos los hombres somos hermanos, pero en realidad practicamos el *ad-versus aeterna auctoritas*, y tenemos de la fraternidad la idea que tienen las tribus salvajes: sólo es hermano el de la misma tribu.

Tiene usted muy triste razón cuando afirma que el cristianismo apenas se ha iniciado, que no es más que una débil capa en los pueblos modernos. El evangelio de éstos es, en realidad, ese condenado Derecho romano, quintesenciado sedimento del paganismo, medula del egoísmo social anticristiano. Cuando se dirija usted á mi, amigo Ganivet, puede decir del Derecho cuantas perrerías se le antojen, porque lo aborrezco con toda mi alma y con toda ella creo, con San Pablo, que la ley hace el pecado. *Derecho y deber*, estas dos categorías con que tanto nos muelen los oídos, son dos categorías paganas; lo cristiano es

gracia y sacrificio, no derecho ni deber.

Y ¡á qué monstruosidades no ha llevado el infame contubernio del Evangelio cristiano con el Derecho romano! Una de ellas ha sido la consagración religiosa que se ha querido dar al patriotismo militante.

Mucho me sugiere cuanto usted apunta acerca de los judíos, de esta raza perseguida, que por no formar nación subsiste mejor como pueblo; de esa raza de que salieron los profetas y de donde salió el Redentor, á quien dieron muerte sus compatriotas alegando que era su conducta antipatriótica, como puede verse en el versillo 48 del capítulo XI del Evangelio, según San Juan.

Y de aquí podría pasar á indicarle la gran diferencia que hallo entre nación y patria, tan grande que suelen aparecerseme tales términos como contrapuestos. Pero como todo esto

me llevaría ahora muy lejos, prefiero dejarlo para otra ocasión.

Hoy, que tanto se habla por muchos del reinado social de Jesús, se debía meditar algo más en que tal reinado no puede ser más que el reinado de la paz y de la justicia, de la paz sobre todo, de la paz siempre y *á toda costa*. No hay fariseísmo que pueda empañar el claro y terminante: ¡no matarás! Y si para no infringirlo hay que renunciar á ciudadanías históricas, se renuncia á ellas.

DE ANGEL GANIVET

A

MIGUEL DE UNAMUNO